

# Juan Ginés de Sepúlveda

Cronista del Emperador Carlos V. - Defensor de la religión  
católica, filósofo y teólogo

El 24 de Septiembre de 1947 celebró Pozoblanco, su ciudad natal, un brillante homenaje a la memoria de su hijo ilustre el Cronista Juan Ginés de Sepúlveda, con asistencia de las autoridades locales y provinciales. Se inauguró un monumento público, consistente en un busto del Cronista, obra del escultor don José Herruzo Alamo, y se pronunciaron discursos. Damos a continuación uno de los trabajos publicados en esta ocasión.

«Yo no he sido soldado ni andado en guerra, pero soy hombre viejo de 70 años, y he andado por diversas partes del mundo y considerado con diligencias los negocios, así de paz como de guerra, y estuve en Italia veintidós años, ocho en Bolonia estudiando en el Colegio de los españoles y catorce en Roma sirviendo al Papa en mis estudios, en tiempos en que se hicieron grandes guerras en aquellas partes, y aunque yo no me ocupaba sino en letras, estudiando y escribiendo, pero siempre tuve gran cuidado de saber lo que pasaba digno de memoria, y las causas dello, y lo mesmo he hecho acá en veinticinco años o más que ha sirvo al Emperador y a V. M. de Cronista, como mi oficio requiere; así que por esto y por las muchas historias que de los tiempos pasados allende desto yo siempre fui muy amigo del bien público y aficionado al servicio y honra de mis Reyes y nación».

Estas palabras las dirige a Felipe II en una carta el año 1560. Y en ella se advierte cómo pensaba y cómo sentía Juan Ginés de Sepúlveda. Él entiende que el servicio a los Reyes, a la patria, han de ser las dos grandes aspiraciones del buen español de su tiempo. Servicio sin servicio, sin servidumbre, como devoción. El mismo consagra a esta idea cincuenta años de acción y de doctrina. Fué él quien confesó que el poder de España se basaba en dos cosas: en la majestad de la Monarquía y en la importancia de los Consejos. César y exhortación. Rey y buen libro; ésta fué la general consigna. Su pa-

triotismo alcanza una amplitud universalista. Toda su inteligencia la aplica al servicio de la Religión y del Emperador Carlos V, a quien sigue constantemente en sus campañas guerreras. Y sustrayéndose cuanto puede a este ambiente de milicia, busca en la paz de su casa de Pozoblanco esa otra atmósfera adecuada para cultivar su inteligencia. Ambiente distintos, paz y milicia. Y él, en medio, presbítero de Cristo.

En 1515, cuando Carlos V y Francisco I de Francia luchan entre sí, parte nuestro Cronista al Colegio de los españoles en Bolonia. Es la primavera. Ha vacado la prebenda de Teología y propone el Deán de Toledo, en nombre propio, y por el de su Cabildo, al distinguido bachiller Juan Ginés de Sepúlveda, a quien muchísimos varones circunspectos aprueban como digno, y a quien el Cardenal Cisneros tiene por persona muy estimada suya, le llama «*dilēctus noster*» y le considera deseoso en grado sumo de estudiar. Las pruebas de limpieza de sangre son satisfactorias; «no viene de género ni linaje de judíos, ni de moros, ni de tormadigos, ni de reconciliados en público ni en secreto». Ya en Bolonia, el año siguiente escribe su «Historia del Cardenal» sobre el Cardenal Albornoz, fundador del Colegio de España. Hacia 1522 debió llegar a Módena, llamado por el príncipe Alberto de Carpi, conocedor de su extraordinaria inteligencia y cultura y fueron varios los viajes que vuelve a hacer a Módena desde Bolonia. En la primavera de 1523 pide licencia al Rector de San Clemente por dos meses y pasa temporada cerca del príncipe Alberto, en su pequeña corte de hombres insignes que cultivaban Humanidades. Vuelve allí a encontrar a su antiguo maestro Pedro Pomponazzi. Años de estudio son estos de Módena, en contacto con aquellos humanistas, pero en 1526 sale para Roma donde había de quedar catorce años. Parece como si Juan Ginés de Sepúlveda hubiese de conocer todos aquellos distintos ambientes de la Italia del siglo XVI. En Roma le sorprende el famoso sacco, que él mismo relata en una carta que se conserva en Simancas.

Allí empiezan sus cordiales disputas que más tarde contara a su amigo Melchor Cano. Era el año 1548, en pleno ambiente de Clemente VII en aquella Corte pontificia donde un Papa era el primer propulsor de cuanto fuese cultura y arte, elegancia y suntuosidad; brillaban en aquella época los mejores humanistas, literatos y filósofos. Papas y mecenas era se compendían en un apellido: Médicis. De aquella época, Juan Ginés de Sepúlveda, nos deja escritos de «*De fato et libero arbitrio contra Lutherum*», que deja ver la influencia de

Aristóteles, y a sus comentarios a «De prima Philosophia». Después sale para Nápoles para volver al séquito del Cardenal Quiñones y puede ser que interviniera en la gran reforma del Breviario. Acompañaba al Cardenal a Génova, para recibir al emperador. Y más tarde asiste con la corte del Papa a la coronación, ante la imagen de la Virgen de la Paz, el día que Carlos V cumplía 30 años. Escribe en-



tonces la «Cohortatio ad Carolum V». Vuelve a Roma con el Cardenal Quiñones y allí contra Erasmo de Rotterdam, lanza la Antiapología, como más tarde, en el momento en que el mundo cristiano asiste al problema planteado por Enrique VIII de Inglaterra sobre la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón, él, defensor de la Religión Católica y de la autoridad del Papa, escribe un libro admirable «De tu nuptiarum et dispensationes», fiel exponente de la Corte pontificia pasa a reunirse con el Emperador Carlos V, en Vie-

na, para marchar con él a España y vivir en Valladolid, donde asiste a las fiestas del nacimiento del príncipe heredero. En esta ciudad se imprime su diálogo «Iheophihus», Han pasado los años y Juan Ginés de Sepúlveda, que vive en la corte, tiene una nueva misión que cumplir: acompaña al príncipe Felipe en un viaje a Badajoz para recibir a la princesa María de Portugal. Comitiva numerosa y solemne ésta del doctor Juan Ginés de Sepúlveda; criados de librea azul, pajes de librea negra y capellán. Y después una temporada de descanso en Córdoba. Pozoblanco, su tierra nativa, es objeto de su predilección. Siente tal admiración por su tierra que no puede menos de hablar de ella a sus amigos, de ponderar tanto sus bellezas naturales, como la riqueza del suelo y la belleza del paisaje.

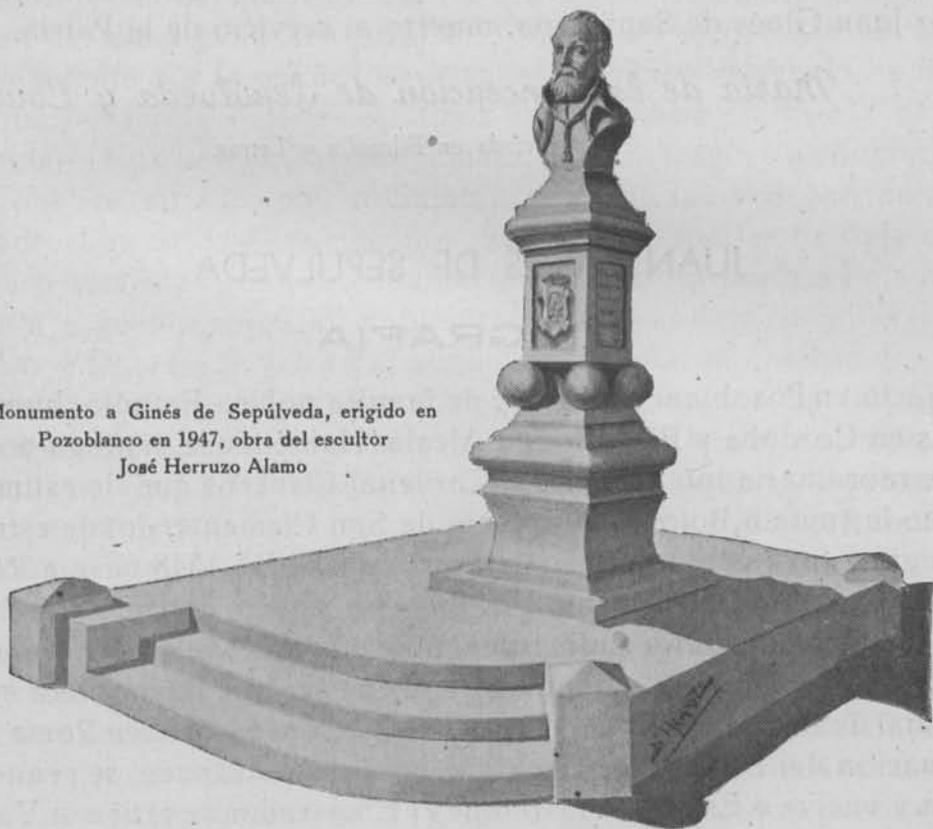
Vivió todo el tiempo que le dejaban libre sus servicios al César y allí elaboró gran parte de su obra. Era Pozoblanco lugar amable para escribir. Pueblo abierto a los aires de la sierra, como el espíritu de Juan Ginés de Sepúlveda estaba abierto a todas las preocupaciones de su época. Allí pasó grandes temporadas, cruzó sus calles, y, bajo su cielo azul en las bellas noches de verano, el doctor meditaría hacer nuevos libros tan prodigiosos como su «Demócrates». Hoy que Pozoblanco se honra honrando el recuerdo del cronista del Emperador, no hace más que mostrarse agradecido hacia su más preclaro hijo, cuya vida fué un continuo servicio a la Religión, a la Patria y a su rey Carlos V. Amaba a Pozoblanco y se complacía en hablar a sus amigos, del valle, de sus viñedos, de su huerta con sauces y prefiere la soledad de su gente y su tierra, a la algazara cortesana. Y en este ambiente sereno, tranquilo y fervoroso de cultivos de plantas y de libros, no abandona el cronista sus deberes de clérigo perfecto. Como quiere quedarse el mayor tiempo posible en Pozoblanco, pide cesar en el Arciprestazgo de Ledesma, aún cuando le era grato su recuerdo (no hay que olvidar que muchas obras suyas las empieza en Ledesma), cambiando el servicio religioso por el estudio, sin dejar de cumplir.

Así, dedicando su tiempo al estudio, le elogia Erasmo llamándole preclaro y Menéndez Pelayo dice que es el primer español digno de llevar el título de ciceroniano. Y el figurar entre los conciudadanos ilustres de Córdoba, este honor lo agradece Juan Ginés de Sepúlveda y dice que es ocasionado por indulgente voluntad. Humildad del sabio sacerdote, que no siente apego por los honores del mundo y que cifra su mayor orgullo en servirse de su inteligencia para la gloria

de Cristo. Ministro de Dios es su t́mbre de gloria. Y por esto combate contra Lutero, en su «De fato et libero arbitrio».

Su última obra «De regno et regis officio» fue para Felipe II y «De rebus gentis Philipos II», escritas después de su visita a Yuste para despedirse del César Carlos V. El mismo dice que lo emprendió en marzo cuando los ríos y los arroyos estaban desbordados. Va por Guadalupe y siente cerca de Carlos V la gran satisfacción de poder conversar con él después de catorce años de no verle. Ratos agra-

Monumento a Ginés de Sepúlveda, erigido en Pozoblanco en 1947, obra del escultor José Herruzo Alamo



dables pasados con el Emperador de quien fué compañero en su continuo caminar por Europa. El ha seguido de cerca a Carlos V en Alemania luchando con herejes y en Italia en los días de su coronación; y por esto los días en Yuste serán para Juan Ginés de Sepúlveda de recuerdo imborrable. Y después a la vuelta, pasa por Alba de Tormes, Salamanca y Ledesma, quiere pasar por esta ciudad donde también guarda gratos recuerdos y a la que no olvidará nunca; cae allí enfermo segun escribe a un amigo suyo, a causa de sus sesenta y siete años y de las lluvias... Ya repuesto sale para Valladolid y Pozoblanco.

Se acercan sus últimos días y él, presintiendo su muerte, redacta su epitafio en 1555, que envía a su sobrino Pedro, y el primer día de las nonas de agosto de 1571, escribió su testamento en el que confiesa no haber querido dañar a nadie, y haber defendido siempre la verdad católica. «Otras cosas no serán sino palabras fingidas de algunos de mis envidiosos y malquerientes, los cuales tengo y he tenido muchos y algunos han procurado de dañarme por todas las vías y calumnias».

Amanecía el día de Santa Catalina cuando pasaba a un mundo mejor Juan Ginés de Sepúlveda, muerto al servicio de la Patria.

*Maria de la Concepción de Sepúlveda y Courtoy*

Licenciada en<sup>o</sup> Filosofía y Letras.

## JUAN GINES DE SEPULVEDA

### BIOGRAFIA

Nació en Pozoblanco en 1490, de familia noble. Estudió humanidades en Córdoba y Filosofía en Alcalá. Habiéndose distinguido por su extraordinaria inteligencia, el Cardenal Cisneros que le estimaba mucho le envía a Bolonia al Colegio de San Clemente, donde estudia Teología y tuvo como profesor a Pomponazzi. En 1548 pasa a Roma al servicio del Papa Clemente VII. En esta época escribió «De facto et liberó arbitrio contra Lutherum». Más adelante sale para Nápoles en 1562 con el Cardenal Quiñones y puede ser que interviniera en la reformal de Breviario. Con el Cardenal Quiñones asiste en Roma a la coronación del Emperador Carlos V, con quien después se reúne en Viena y vuelve a España. Hasta que el Emperador se retira a Yuste, Juan Ginés de Sepúlveda le acompaña siempre. Con él recorre Europa en sus campañas guerreras. Fué su cronista. Cuando abdica Carlos V en su hijo, el doctor Juan Ginés de Sepúlveda dedica su tiempo a escribir nuevos libros y así le sorprende la muerte en 1573, en la villa de Pozoblanco.